

capítulos del libro de las Fundaciones, con sus variadas incidencias, habiendo de luchar hasta con los elementos naturales, lluvias, nieves, fríos, calores, torrenceras y barrizales en que se atollan los carros con el consiguiente desasosiego de la mixta caravana, especialmente de los mozos de mulas, que vociferan y hasta maldicen, al no salir del atolladero por las buenas, así como las monjas y clérigos acompañantes rezan Horas Canónicas y devociones usuales.

* * *

En todos estos andares, Madre Teresa de Jesús se revela siempre mujer, y aún más que mujer, pues nada le arredra en sus arres-tos viriles, ni todos los hombres juntos, ni mil legiones de demonios, a los que vencería con una jaculatoria y un hisopazo de agua bendita. Ni la conjuración absurda de Avila en contra de unas cuantas mujercitas indefensas empeñadas en vivir pobres y solitarias. Ni los caprichos de la Eboli, que quisiera levantarse con el mando en la fundación que patrocina. Ni la actitud ambigua del obispo de Burgos, que dilata los asuntos, dando hoy buenas palabras, retirándolas mañana.

Mucha hiel y vinagre tiene que tragar; pero cuando más sufre es cuando halla en los humanos mentira y ficción. «Como un

purgatorio era entrar en los carros», expuestos al sol de Andalucía, pero más sufre de «las injusticias, la poca verdad, las dobleces..., es aquí como un infierno. ¡Oh, qué año he pasado aquí...! Yo confieso que esta gente de esta tierra no es para mí.»

Y, en cambio, goza riendo la piedad e hidalguía de los buenos palentinos. Y «cosa muy particular: en Palencia» ninguna persona hubo que le pareciese mal» la fundación del nuevo Carmen reformado. «Toda la gente es de la mejor masa y nobleza que yo he visto, y así cada día me alegro más de haber fundado allí».

Tiempo sería ya de descansar en el ocioso nada ociosa de María; mas el placentero reposo no lo halla Teresa sino cuando, agotada y maltrecha por los achaques y el diario batallar, posa, finalmente, en su convento de Alba de Tormes, quedando su cuerpo virginal en angosta sepultura, volando su espíritu columbino al lecho y ósculo del Verbo Esposo.

Teresa, tanto en su quietud como en su bullir externo, es modelo cabal de la mujer cristiana y española. No en vano la veneran por patrona las juventudes de nuestros castillos, escuelas, albergues y preventorios, donde se imparte a las niñas la formación tradicional de la España castiza, enriquecida con los adelantos de la vida moderna.

